

Sanmartín Bastida, Rebeca. *Imágenes de la Edad Media: la mirada del realismo*. Colección Anejos de Literatura, nº 56. Madrid: CSIC, 2002. 637 págs. ISBN 84-00-08099-8.

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña  
University of California



Este libro (que de antemano calificamos de absolutamente abrumador en su solidez y miras) consiste en la puesta a punto de la Tesis Doctoral de la autora, de la que ya nos había dado algunas muestras en varios artículos anteriores. El libro de Rebeca Sanmartín analiza el descubrimiento o, en parte, renovación del interés que a partir de la mitad del siglo XIX se produce por la Edad Media. Este nuevo *medievalismo* tomó una dirección distinta a lo que la moda medieval había experimentado durante su explotación romántica. La presencia de la Edad Media en los años de 1860-90 se refleja tanto en literatura como en el arte, la historia o incluso las modas de la sociedad de aquel momento. La reconstrucción que se hizo del mundo medieval estuvo mediatizada por movimientos intelectuales, políticos y sociales como el liberalismo, comunismo o el feminismo, y estéticamente estuvo marcada por los escritores realistas que se adentraron en ese universo. Todas estas influencias hacen que se ponga de manifiesto la difícil condición de algunos grupos sociales y que la Edad Media ya no se presente como el paraíso terrenal que imaginaron los románticos.

En líneas generales el éxito del tema abordado por la autora es manifiesto si tenemos en cuenta que en la actualidad estamos pasando por una revisión de los estudios medievales en numerosos países. En este sentido, las propuestas de la Neofilología (Neophilology) pueden insertarse dentro del marco más general de la importancia y relevancia de la Edad Media en nuestros días, asunto paralelo al de la importancia de lo medieval en el mundo decimonónico. También en el mismo sentido podemos preguntarnos por la pervivencia de lo medieval en momentos posteriores al Realismo estudiado por Sanmartín, ya sea en la recuperación modernista de autores como Rubén Darío o Valle Inclán, ya sea por parte de autores de la poesía culturalista de los años 80 en España (Cuenca, Villena, Siles, etc.). Todo ello, en suma, no hace

sino plantearnos el estudio de la importancia de lo medieval y su análisis como un proceso diacrónico en el que se subsumen las inquietudes e ideologías de cada momento histórico.

La autora reflexiona sobre las múltiples miradas caleidoscópicas con que se re-crea, recibe e interpreta esta Edad Media durante el período del Realismo. De paso, deja así sentada una continuación entre Romanticismo y Realismo en lo que se refiere a la reflexión que sobre la Edad Media se hace desde ambos movimientos, aunque serán divergentes sus miradas, y en el caso del Realismo deberá hablarse de las múltiples miradas medievales fruto de diferentes influjos de corrientes científicas, estéticas, políticas, sociales e intelectuales.

Rebeca Sanmartín hace acopio de dos herramientas teóricas sobre las que funda el andamiaje de su estudio. La primera es el comparatismo, abriéndose su estudio no sólo a una reflexión sobre obras del Realismo (1860-90) español o ibérico, sino sobre autores y obras de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. En segundo término, la autora usa de su conocimiento del campo de los estudios culturales, y en su trabajo el análisis de numerosas artes plásticas se conjunta con el de obras literarias y culturales en sentido amplio, así como hace acopio de un enfoque de género (*gender studies*) y una preocupación por el contexto social de producción y recepción de dichas obras.

Como no podía ser menos al hablar del tema del medievalismo, el libro de Sanmartín comienza con un estudio sobre materia histórica (“La Historia” 33-94). La Edad Media que se nos presenta durante el Realismo fluctúa entre el discurso ‘profesional’ y ‘científico-positivo’ y el más idealizador y mitificante, sin duda fruto en términos genéricos de filosofías positivas o idealistas. A dichas presentaciones subyacen motivaciones político-ideológicas con relación a temas tales como el origen de las leyes, la definición del feudalismo, la presencia árabe y judía en la Península Ibérica, y detrás de cada visión (o re-creación) Sanmartín ve posturas de isabelistas, alfonsinos, carlistas, liberales, republicanos, federalistas, anarquistas, etc. Es también consecuencia de la moda medieval el estudio del pasado histórico de villas, pueblos y ciudades (a menudo fruto de historiadores locales), el origen de costumbres del pasado, la recuperación de figuras como Alfonso X, Pedro el Cruel, Álvaro de Luna, Boabdil, etc. Sanmartín repasa en este sentido un amplísimo abanico de historias de España, trabajos de historia aparecidos en la prensa ilustrada, publicaciones de historia para su uso en la enseñanza y medio académico, etc. Especialmente interesante juzgamos la última sección, “El uso político del Medievalismo. La recepción de la historia medieval” (79-94), que parte de la premisa de que “el interés de la vida presente es el que mueve a indagar el pasado, reelaborándolo según las necesidades espirituales del momento” (79). Sanmartín, a modo de resumen, interpreta que el pasado medieval es visto por el hombre del XIX como una narración en la que se proyecta una utopía, así como con la visión general del pasado (medieval) como *problema*: el de la positividad o negatividad de la centuria con respecto a la época medieval. “Pero en el fondo, pese a ese pesimismo que quiere brotar en tantos escritos, observamos que el escritor del XIX todavía se mantiene en el *ideal*, el desarrollo en una marcha hacia delante, una *utopía* abandonada en nuestro presente postmoderno” (80-81).

Como desarrollo paralelo al del interés histórico, se produce en esta época el de los estudios filológicos (“La Filología” 95-159), a tal punto que acaban convirtiéndose en disciplina de estudios independiente. Por este capítulo pasan reflexiones sobre la filología dedicada a la lengua y a la literatura, con subsecciones sobre la recepción de la literatura medieval, la poesía de Cancionero, las revistas dedicadas a estos estudios y el interés por el folclore. El estudio del idioma hace que se preste una mayor atención a la lengua medieval y fruto de ello es el desarrollo de la dialectología. En la prensa entra con frecuencia esta inquietud en artículos

dedicados a la procedencia de arcaísmos, frases hechas, etc. Sanmartín analiza igualmente el tema de los primeros textos escritos en las lenguas vernáculas y abunda en reflexiones sobre las repercusiones político-ideológicas de la elección de dichos textos, así como de la creación del canon literario nacional castellano. En este sentido, la autora estudia la predilección realista por autores como Juan Ruiz de Alarcón o Fernando de Rojas (por su estilo tildado de ‘realista’), así como por las crónicas históricas. Don Juan Valera, por ejemplo, acusa a la poesía de provocar una idealización de la mujer, o Madrazo ve en ella el principal culpable de reducir el fenómeno psicológico amoroso a un galanteo y palabrería vanas.

Los siguientes tres capítulos se dedican a la recepción y re-creación medieval en los géneros de la poesía, narrativa y teatro (“La Poesía” 161-243, “Narrativa breve y novela” 245-345, “El Teatro y la Música” 347-423). Un punto de partida para la autora consiste en la aceptación de que la recuperación medieval operada por el Romanticismo obedece a posturas político-ideológicas de cariz conservador, mantenedor del *status quo*, que en lo general no pretenden leer el pasado con ojos críticos sino como manifestación de una forma ideal de esencia y pensamiento. Por las páginas del quinto capítulo pasan temas como los de los juegos florales catalanes, las imitaciones de la poesía de Manrique y Dante, las continuaciones de la moda del romance medieval y el ‘orientalismo’ medievalizante, la ‘mejor’ recuperación de la ‘fable’ medieval desde un punto de vista lingüístico, etc. Una sección aparte se dedica a los poetas del realismo, Núñez de Arce y Ferrari, sobre los que, como se queja la autora siguiendo a Gaos, sigue conociéndose poco. Otra subsección analiza los autores premodernistas que surgen a mediados de la década de los 70, “que empiezan a mostrar una preocupación por los temas medievales más librescos y dirigen su mirada hacia la poesía extranjera, especialmente a la última vanguardia del país vecino” (209). La última sección del capítulo de la poesía se dedica mercedamente a Zorrilla y el “legado romántico”. El medievalismo ‘realista’ de 1860-90 es de cariz más progresista y se aproxima a la reflexión que sobre esta época se produce en Inglaterra, Francia, Alemania o Italia durante este mismo periodo. Fruto de ello es que se abandone un tema como el de la Reconquista, predilecto del Romanticismo, y haya una mayor preocupación por el análisis de lo que en terminología de los estudios culturales se denomina ‘el otro’ (ya sean grupos de población minoritarios o marginados, ya sean grupos nacionales extranjeros, a menudo olvidados por completo en la reflexión romántica).

En cuanto a la narrativa, Sanmartín abunda en reflexiones sobre la narrativa breve de los Coloma, Alarcón y Campillo, con secciones dedicadas en exclusiva a Valera, Pardo Bazán y Blasco Ibáñez (245-77). La autora presta atención al influjo de tradiciones extranjeras como las del cuento fantástico, el de terror gótico, el relato folclórico, etc., de los Hoffmann, Poe, etc. De Coloma se comentan, entre otros, *Pequeñeces*, *Fablas de dueñas* o *Las tres perlas*. De Alarcón, *La cruz de palo*, *Una conversación en la Alambra*, *Moros y cristianos* o *El tesoro morisco*. De Campillo *La última noche de diciembre de 1491*. Más detenido es el análisis de Blasco Ibáñez y su obra *Fantasías: Leyendas y tradiciones*, compuesto de once historias “de un tradicional terror gótico” (254), así como de varios de sus relatos publicados en *La Ilustración Ibérica*. Muy detenido es el capítulo dedicado a Pardo Bazán, con el análisis de sus cuentos de ambientación medieval situados “en una etapa de transición estética entre el Realismo y el Modernismo” (262) y a menudo desmitificadores del medievo (por ejemplo con la imagen de la mujer aburrída) (*La Borgoñona*, *La leyenda de la torre*, *El príncipe Amado*, *Cuento soñado*, etc.). Sanmartín realza que en la obra de esta autora se encuentre una “Edad Media íntima, no ya de caballeros” (263), con tonos y ambientaciones más “realistas”, como en *Cuentos de Antaño*. Valera se estudia como uno de los mejores ejemplos de “aclimatación de narraciones populares al arte culto” (272), con

obras como *Lulú, princesa de Zabulistán*, en general caracterizadas por sus ataques a la estética romántica, la ironía y humor, el uso de los elementos fantásticos, etc. El estudio de la novela propiamente dicha comienza con un análisis de la novela histórica, que en esta época entra en decadencia, dando paso, como en Inglaterra o Francia, a la *historia* científica (278), con polémicas enconadas sobre la figura de Walter Scott. De Blasco Ibáñez se analizan *El conde Garcí-Fernández* y *Sonnica la Cortesana*; de Coloma, *Fray Francisco*; de Pardo Bazán, *San Francisco de Asís*; de Rodrigo Amador de los Ríos, *La leyenda del Rey Bermejo*; de Castelar, *Fra Filippo Lippi*. Asimismo se recogen análisis del tema medieval en la obra de Clarín y Pérez Galdós. En todos ellos, como consecuencia de la evolución a la estética e ideología realista, se nota un afán por “meterse en la realidad medieval” (323), “hacer como que se ve con los propios ojos”, logrando una cierta objetividad histórica. Los personajes evolucionan, adoptando muchos la figura del caballero rudo, “y habrá que esperar al Modernismo para que el caballero delicado vuelva a tener igual furor” (324). Igual puede decirse de la aparición de un medievalismo teñido de cuestiones sociales: “Se puede afirmar que en la segunda mitad del siglo, sea cual sea la mentalidad del escritor, la preocupación por la estructura de la sociedad medieval y su división clasista está mucho más presente que en la prosa romántica” (328). De la misma manera, en muchos relatos ya no aparece como protagonista la aristocracia feliz e idealizada sino “la clase más baja, el pueblo marginado” (*ibid.*), fruto de que la amenaza de la revolución y la concienciación social de la época deja de ver al pueblo como depositario de tradiciones ancestrales y le ve como “posible enemigo del orden gubernamental” (*ibid.*). Se nota, igualmente, un menor enfoque en las tramas y un mayor interés en descripciones de costumbres extrañas (el aspecto formal), decorados, posturas, gestos. También será importante, en cuanto renovación del medievalismo estético, la introducción en España de Wagner (de hacia 1878), renovando el “interés por historias legendarias y trayendo consigo el mundo de la mitología nórdica que presenciaremos en los grabados, que se mezclará con la influencia que vivió el Romanticismo de la balada germánica” (342). En cuanto al lenguaje, se observa un mayor esfuerzo por recuperar la *fabla medieval*, y la presentación física de los libros ofrece una representación más dinámica de escenas.

La sección dedicada al teatro y la música se basa en gran medida en las propuestas de la teoría de la recepción, y hace gran acopio de las reseñas de obras teatrales estrenadas y representadas en la época, con objeto de “reconstruir la norma literaria” del período. También se indica que, a diferencia de Inglaterra, sí hay presencia del tema medieval en las tablas españolas. Hay análisis de la obra de García Gutiérrez, Retes y Echevarría, Manuel Fernández y González, Marcos Zapata, Ángel Guimerá, etc., etc. Sanmartín entra en polémica al comentar el uso de la Edad Media en la discusión entre realistas y espirituales, con posturas encontradas entre los defensores del teatro *histórico* y los defensores de uno de corte realista (mayoría a partir de 1880). En cualquier caso, la crítica de la época hace que el teatro histórico sea más *fiel* al pasado que el de la segunda (y hasta primera) generación romántica. Más detallados son los análisis de *Quien mal hace, bien no espere* de Galdós, *Estragos de amor y celos* de Valera, *Rienzi el Tribuno* de Acuña (obra de trasfondo socialista y feminista). Otra sección aborda el tema de la evolución “Del Romanticismo al Modernismo”, donde se analiza el éxito de las obras de corte romántico en la segunda mitad de siglo, los epígonos románticos, el choque entre conservadores y progresistas o krausistas, y el influjo de posturas más socializantes en la escena. Una última sección del capítulo se dedica al apasionante tema de “La Música. La Ópera”, pues la música es “una de las vías de entrada importantes del tema medieval en el mundo decimonónico” (402). En particular ópera y zarzuela se convierten en puntos de referencia obligada para el estudio de

Sanmartín (así como la recuperación de la música medieval), pues todas tienen que ver “con la aserción del espíritu nacional” (403), siendo en ello hito de crucial importancia la recepción de Wagner en España.

De enorme interés, pensamos, es el capítulo 6, dedicado a la representación de la Edad Media en pintura, escultura y arquitectura (más una importante sección dedicada a grabados), partiendo de la premisa (de Litvak) de que ésta es una ‘época en que “las diversas disciplinas forman un verdadero sistema de vasos comunicantes” (427). En pintura abunda la representación del Medievo en numerosos cuadros premiados en Exposiciones Nacionales, con una tendencia creciente hacia la representación de la domesticidad frente a los cuadros de gran momento (batallas, etc.) o los que usan la pintura de historia con propósito ideológico (aristocrático, nacionalista, liberalista burgués [libertad y tolerancia], etc.). Crucial será en este sentido la *Historia de la pintura en España* de Pi y Margall (1851). Ésto partía de la premisa del desplazamiento del interés de la antigüedad pagana a la Edad Media cristiana (retablos del siglo XIV, pintores italianos del XV, temprano renacimiento, etc.). Para los años 80 y 90 se observa la pintura de escenas de gran impacto visual (realismo pictórico), con “reproducción preciosista de calidades de objetos e indumentarias, con intenciones decorativas y en una exaltación melodramática del gesto y el argumento, con carácter teatral” (446). En escultura se produce “un similar proceso de búsqueda de realismo y de afianzamiento de unos valores nacionales” (465). En arquitectura se produce un renacimiento neomudéjar fruto de esta recuperación medieval, del mismo modo que hay un neogótico que resurge en las formas arquitectónicas y de decoración, que a su vez parte de las premisas de una re-valoración positiva del estilo gótico medieval. Asimismo se produce un renacido interés por la conservación de monumentos medievales, ya sea iglesias, conventos, castillos, palacios, etc., así como un interés casi fetichista por los objetos de los siglos medios.

En el siguiente capítulo se pasa resumen exhaustivo a muchos de los temas y motivos de la recuperación medieval decimonónica, como son la condición de los siglos medios entre bárbaros y civilizados, el sentido de la armonía y la convivencia presentes en la época, el concepto del progreso histórico, la incipiente vida democrática en el período, la independencia del municipio y valores de libertad asociados al liberalismo burgués del XIX, el concepto de nación española y la revisión de la Reconquista, figuras marginadas como las de la mujer, la bruja o el judío. Es quizá, si hubiera que elegir una sección de resumen, la parte esencial del estudio de Sanmartín, donde analiza con detenimiento cómo la estética e ideología realista pasa su vista por cada uno de estos puntos y re-crea la Edad Media de maneras diversas dentro del contexto social e ideológico de la época (y de los autores en concreto).

Un colofón sirve a la autora para pasar somera revista a la pérdida de vigor del concepto de ‘medievalismo’ con el 98 y aun tras él (se pierde toda visión ideal de la época, se reivindica la clase campesina medieval, etc.), dando así un botón de muestra comparatista desde el que apreciar la visión ‘objetiva’ de la Edad Media iniciada con el Realismo.

Estamos, en suma, ante una obra magna de muy difícil resumen o reseña. Sanmartín acomete un tema de enorme complejidad como es el de la re-visión histórica de la historia española que se produce en el mundo estético general en España –con plasmación en literatura, artes plásticas y arquitectónicas, grabado y música– entre 1860-90. Casi nada. Esta recuperación medieval de los años del Realismo se sitúa a medio camino entre la de románticos y modernistas, se imbrica indisolublemente en la vida política, social e ideológica de la época, abarca campos de estudio diversos y comparados. No es sino un resumen de Historia de España (de las ideas) desde el marco del arte. Es difícil no ponderar merecidamente este libro, que supone un esfuerzo

intelectual considerable. No es lectura para medievalistas (exclusivamente), sino para interesados en historia ideológica de España, a quienes se presupone un conocimiento amplio de cuestiones medievales, pero a los que se lleva de la mano al problema del 'realismo' decimonónico y a los que se deja adentrados en el momento de la estética modernista y noventayochista. Ángel Gómez Moreno, en el prólogo a este libro, bien enjuicia esta obra como de "impresionante resultado" y "libro formidable". Sanmartín igualmente demuestra las posibilidades de un estudio cultural bien hecho, donde se aúna la complicación de dominar varios campos de estudio con la visión sagaz de una estudiosa que sabe cómo conjuntar disciplinas de estudio tan diversas. Y consigue sus propósitos con creces.